

EPÍLOGO

Hace casi dos años, llegó a nuestro hogar el *benjamín* de la familia. Su nombre es Manuel, pero desde el primer día quedó apodado «Manu».

Es una criatura deliciosa. Un ser adorable que siempre está dispuesto a escuchar y obedecer.

Hemos notado que tiene una sensibilidad especial. No le agrada que le levanten el tono de voz, ni que lo reten. Sabe perfectamente qué cosas no se deben hacer y responde a la enseñanza que le brindamos. Sin embargo, cuando hace de las suyas, es conciente de la penitencia que vendrá y entonces, sólo espera que lo perdonemos.

Disfruta del momento del baño, aunque suele esconderse antes de aceptar la consigna. Juega con sus chiches y no toca nada que no sea de su propiedad.

No da demasiadas vueltas con la comida. Saborea todo lo que le ofrecemos.

Nació con una pequeña complicación digestiva, que le produce vómitos frecuentes. Pero se las aguanta como un *señorito*.

La doctora que lo controla, habla maravillas de él. Y me felicita en cada visita, porque con su problemita de salud, me vi en la obligación de organizar una carpeta con todos sus antecedentes clínicos.

¿Cómo no hacerlo? Si pude con «M», ¿Por qué no con él?

Si hay algo que detesta, es el momento de sentarnos en familia a ver un programa de televisión. Como no comprende los contenidos, se aburre y comienza a hacer todo tipo de morisquetas para distraernos.

Pero es un tierno.

No habla una palabra, pero se hace entender perfectamente.

En cuanto a su educación, cometimos un error imperdonable: le gusta dormir en la cama grande, y lo acostumbramos así desde chiquito para que no llorara durante las noches.

«M» lo quiere mucho. Para él, es una especie de peluche y su compañero inseparable.

Y la verdad, yo lo adoro.

Pensar que me llevó tanto tiempo tomar esta decisión porque no estaba dispuesta a atarme otra vez. Pero es tanto el amor que nos devuelve día a día, que valió la pena el sacrificio...

Además, cuando salgo a la calle a pasear con él, todo el mundo se da vuelta para observarlo con admiración.

Es que es hermoso. Nuestro *schnauzer miniatura* es realmente hermoso.

Durante años mi desaprobación fue absoluta.

Mi marido, amante nato de los perros, convivió con ellos mientras fue soltero. Pero al casarnos, me negué rotundamente.

En cuanto a mí, siento una ternura muy particular hacia los animales. En especial, para con los perros. Pero jamás tuve la intención de tener uno en casa.

Recuerdo que cuando era niña, trataba de convencer a mi mamá para adoptar uno. Pero ella también se negaba.

Con inteligencia, solía decirme que eran muy lindos, pero implicaban mucho compromiso. Y sostenía sabiamente, que luego de la novedad, nadie desearía hacerse cargo de su atención.

A «M», siempre le gustaron estos bichitos, entonces, cada tanto, renovaba su pedido. Pero mi respuesta, siempre fue *igualita* a la de mi madre.

Hasta que un día, me presentaron al cachorro de una familia amiga. Y ya no pude decir que no.

Con mi aprobación, comenzamos la búsqueda de raza.

«M» y yo, queríamos un caniche toy. Pero a mi marido le gustaban los bóxer.

Ni en ese tema lográbamos ponernos de acuerdo. ¿Dónde iba a dormir un perro de ese tamaño? ¿Qué espacio vital le íbamos a otorgar para que pudiera moverse libremente?

Él sostenía que un caniche no era un perro; que debajo de todo ese pelo existía sólo un esqueleto. Y que además, esa raza era muy delicada del estómago.

Já já já. Porque el nuestro, no...

Honestamente, no me arrepiento de haber tomado tal decisión. Hubiera sido una pena, no saber qué se siente al convivir con un animalito de estos. Dicen que es una buena terapia. Y ya lo creo.

Hoy, Manu, es un integrante más de la familia. Y es feliz. Como nosotros.

Aquí les presenté paso a paso, mi historia como «*mamá*». Algunos considerarán que es poca cosa, pero para mí, lo es todo.

Hoy, no concibo la vida sin mi hijo.

Tengo proyectos, claro. Pero pueden esperar. En cambio, «M», no. Él es hoy y ahora.

El mejor legado que puedo dejarle, además de su educación, es el concepto de familia. Debo ser una de las pocas personas que aún cree en ella. Pero me refiero a una familia construida con responsabilidad.

A «M» le tocó nacer en un mundo complicado. Y es preciso que lo sepa. Mi misión es mostrarle ese mundo tal como es, más allá de la contención de mamá y papá.

No deseo facilitarle el camino, sino darle las herramientas necesarias para que él pueda forjarlo.

La escuela le servirá para adquirir cultura. La vida, para ser mejor persona. Y nosotros, sus padres, para guiarlo.

Sigo sintiendo que aún es pequeño, inocente e indefenso. Pero a la vez, deseo disfrutar de este tiempo que pasa pronto.

Una vez, alguien me dijo que a los hijos hay que llevarlos siempre de la mano. No soltarlos antes de tiempo, para que no caminen solos, y no hacerlo demasiado tarde, para dejarlos crecer.

¡Qué difícil tarea! Quiero que crezca en libertad, pero al mismo tiempo, no me resigno a soltarlo.

Aún hace falta pulirlo un poco. Está aprendiendo a defenderse solo. Y me hace feliz que lo esté logrando.

Durante mucho tiempo, traté de hacerle comprender, que la palabra, es un don maravilloso. Y hacer uso de ella, es imprescindible para opinar, pero también para protegernos de aquellas cosas que nos desagradan.

La palabra, puede más que un golpe. Y acompañada de nuestra inteligencia, mucho más aún.

Hubiera deseado verlo nacer en un mundo sin hipocresía, sin envidia y sin maldad. Un redondo y luminoso mundo donde imperasen los valores casi perdidos. Un mundo donde prevaleciera el esfuerzo personal para conseguir lo que queremos, en lugar de seres humanos sin códigos y sin moral. Pero al menos por ahora, no será posible.

Lo único que me queda, es acompañarlo para que siempre transite por el camino de la verdad. Para que sea justo. Para que pueda observar todo lo que tiene a su alrededor y elegir en consecuencia.

Para que no sufra por no tener aquello que no necesita, pero para que se esfuerce por hacer realidad sus proyectos. Para que emprenda su vida con dignidad y que aunque sepa que habrá cosas que jamás pueda concretar, luche igual por conseguirlas; pues siempre es mejor intentar que quedarse de brazos cruzados.

Para que no trate de hacer lo más fácil, sino lo mejor. Para que no viva pensando en ideales que no existen. Para que no

discrimine, pues soy una convencida de que quienes discriminan son sólo ignorantes, que finalmente terminan siendo discriminados. Para que respete al «*diferente*», pues seguramente habrá en él, virtudes y aptitudes que otros no tienen.

Para que sea tolerante y respete las opiniones ajenas. Para que no sea necio. Para que exteriorice todo lo que sienta.

Para que sea optimista. Para que cuide su cuerpo. Para que estudie; más allá de su futuro, pues estudiar abre la mente para ver las cosas con otro criterio.

Para que siga siendo sensible, pero no tanto. Para que obre como sienta, pero siempre con respeto. Para que cuando se convierta en adulto, sea un buen hombre.

Confío en él. Lo amo y lo que más deseo en la vida, es que sea feliz.

Estoy a un paso de cumplir los 40. Tengo un hijo. Acabo de escribir un libro. Pero todavía me queda algo pendiente...

Plantar un árbol.

FIN

**ESTA OBRA QUEDÓ REGISTRADA EN LA DIRECCIÓN NACIONAL
DEL DERECHO DE AUTOR EL 16 DE NOVIEMBRE DE 2007
BUENOS AIRES - ARGENTINA
EXPEDIENTE N°: 618741
FORMULARIO N°: 145024**

**Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras
derivadas 2.5 Argentina License.**